

## LA FIESTA DEL PENDÓN

*A la encantadora  
Señorita Dolores Mercado y Parra.*

Así como hoy nos afanamos por celebrar con toda la pompa necesaria el aniversario de nuestra independencia, y desde el más rico hasta el más pobre contribuyen para la solemnidad del 16 de Septiembre; allá en otros tiempos, antes de que el venerable Cura de Dolores anunciara con un grito el nacimiento de la patria, afanábase el Gobierno Colonial por celebrar el aniversario de la entrada de Cortés á la capital del imperio azteca.

Era para los españoles un gran día, pues á mi juicio, si esperaron al pisar tierra de Anáhuac dar cima á la colosal empresa que acometieron, no todos creían llegar con vida á la más bella ciudad del imperio.

Heroica fué la hazaña de Hernán Cortés quemando sus naves ó hundiéndolas, que es lo más probable; pero á pesar de su valor indómito, ha de haber tenido por un milagro el verse dueño y señor de los vastos dominos mexicanos.

Prueba esto la manera religiosa con que el conquistador conmemoró los principales hechos de su campaña. Cuentan las crónicas que el hospital de la Purísima Concepción, hoy de Jesús Nazareno, lo mandó erigir Don Hernando frente al sitio en que se efectuó en 8 de Noviembre de 1519 su primera entrevista con el emperador Moctezuma.

Pertenecía dicho sitio á la calle que hoy conocemos por Real del Rastro y que entonces era el camino de Ixtapalapan, porque unía la capital con aquel pueblo, cuyo señor en los días en que allí se acuartelaron las

tropas de Cortés, era un hermano de Moctezuma, llamado Cuitlahuatzin.

El lugar en que aún vemos el Hospital de Jesús Nazareno se llamaba Huitzillan, famoso en tiempo de los aztecas, porque en él se desbordaron las aguas que por un caño subterráneo trajo el emperador Ahuizotl desde la vertiente de Acuecuexco — en Coyoacán — hasta Tenoxtitlán. Ese desbordamiento fué de tal magnitud, que anegó la ciudad, dañando los edificios y poniendo en consternación á los habitantes, que atribuyeron á genios maléficos tan espantosa catástrofe.

Pero estas son digresiones que huelgan en nuestro relato.

Cortés dió gracias al cielo por haber entrado sano y salvo á México el 13 de Agosto de 1521 y convino con todos los que le acompañaban en que se celebraría cada año en la misma fecha tan fausto suceso.

Esa fiesta llegó á ser la de mayor pompa entre todas las que se celebraban bajo el gobierno de los virreyes y se llamaba del «Pendón» ó «Estandarte.»

El estandarte á que se llamó «pendón» y que servía para esta solemnidad, no fué, como generalmente se ha creído, el que trajo Cortés, sino uno que hizo construir el Ayuntamiento de México por acuerdo de 31 de Julio de 1528 para celebrar en ese año la toma de la capital. Costó ese pendón diez y nueve pesos un real: era de tafetán encarnado y blanco, con franja, cerco y cordones. Nadie sabe si se le pintaron ó pusieron algunas armas; sirvió constantemente para esa fiesta, durando hasta 1821, desde cuya fecha se ignora su paradero.

Desde el día 12 de Agosto en la tarde se conducía el «pendón» al templo de San Hipólito en una lucidísima cabalgata que salía de las casas de Cabildo y á la que concurrían todas las autoridades civiles y militares, la nobleza y el Ayuntamiento, y lo dejaban allí desde las vísperas hasta que concluía la función

del día siguiente, para ser devuelto con la misma solemnidad.

El pendón quedaba expuesto al público durante todo el día en el balcón de la sala de Juntas del mismo Ayuntamiento, escoltado por dos granaderos que se colocaban á sus lados, y como señalado honor se hacían dos salvas de veintiún cañonazos, únicas de este número que se celebraban en el año, pues las demás eran de quince.

La primera salva se hacía el 12 á las dos de la tarde y la segunda el 13 á las seis de la misma, una al ponerlo en el balcón y otra al retirarlo.

¿ Y el estandarte original que trajo el conquistador, dónde se encuentra ?

Dice á este respecto lo siguiente un cronista digno de crédito :

« Un autor asegura que en la segunda expedición contra México dió Cortés al capitán general de los tlaxcaltecas un estandarte que era de damasco encarnado, y tenía por una cara ó haz pintadas las armas reales de Castilla y León, y por la otra una imágen de la Santísima Virgen, con túnica encarnada, manto azul, las labores de la orla verdes y la corona y estrellas doradas. »

En el Museo hay un estandarte semejante y según dice abajo el cuadro en que se encierra, fué « el que trajo Don Fernando Cortés. »

Como era natural, en cuanto entró por nuestras calles la bandera tricolor, emblema de la patria libre independiente y unida, se perdió en el polvo del olvido la memoria de la fiesta del 13 de Agosto, y sólo se agolpaba la gente en ese día frente al templo y hospital de San Hipólito, para visitar y socorrer á los dementes allí asilados.

El Gobierno consideró después de muchos años lo perjudicial de estas visitas, que excitaban ó abatían á los infelices enfermos y en nuestros días sólo se

anima el barrio con la raquílica verbena que costean algunos vecinos y que no tiene otro objeto que el de proteger á los mercaderes ambulantes.

### PRÓLOGO DE LAS POESÍAS DE LUIS PONCE

Melancólico y tierno como el armonioso rumor de nuestras selvas vírgenes, llegó á México el año de 1850 un joven á quien no apuntaba todavía el bozo, pero sí ya fulguraba en sus ojos esa luz misteriosa que es la reveladora del genio.

Aquel joven, ó mejor dicho, aquel niño que ingresó al colegio de San Juan de Letrán, era originario del pueblo de Acaxochitlán (Estado de Hidalgo) donde vió la luz primera el 10 de Mayo de 1839.

Hijo del honradísimo comerciante Don Felipe Ponce y de la angelical y virtuosa Sra. Doña Isabel Romero, todas las dichas del hogar, todas las dulzuras de la infancia, parecían estarle destinadas, pero el hado adverso dejó al niño sin padre desde sus días primeros y una sombra de íntima tristeza veló desde entonces su frente pensadora.

Luis Ponce quedó bajo la dirección de su tío el Presbítero Don José María Borja y Vivanco, quien se encargó de su educación en la Capital de la República, para que siguiera una carrera científica.

Por singular destino fué á un colegio que puede llamarse « nido de poetas » y Luis Ponce entró á los misterios de la literatura en el templo donde los interpretaban con aplauso Ignacio M. Altamirano, Marcos Arróniz, Manuel M. Flores, Manuel y Juan A. Mateos,

Juan Díaz Covarrubias, José Rivera y Río, Alfredo Chavero, Manuel Olaguibel, y tantos otros que han hecho resonar gloriosamente sus nombres, lo mismo en el foro que en la cátedra, en el Parnaso y en la tribuna.

No es de extrañarse que Ponce, educado en medio del grupo juvenil más avanzado en ideas, fuera liberal de convicción íntima, lo cual demostró siempre desde sus estudios de gramática y filosofía hasta los superiores que hizo con notable éxito en la Escuela de Medicina donde adquirió el título profesional en el año de 1861.

Era época de prueba y de lucha y Ponce ingresó á las filas liberales en calidad de miembro del cuerpo médico militar asistiendo á la gloriosa jornada del Cinco de Mayo.

Después se radicó en Tulancingo y ejerció su profesión como verdadero sacerdote de la caridad, pues auxiliaba gratuitamente á numerosas familias pobres.

Al triunfar la República en 1867, Luis Ponce inició la fundación de un hospital como regidor que era en el Ayuntamiento; su idea fué acogida con entusiasmo y se llevó á debido efecto fundándose más tarde el hospital que actualmente lleva su nombre por decreto que en 1877 expidió el mismo Ayuntamiento.

Ponce conoció las amarguras del destierro en la época del Imperio, pues ni un solo día se dió punto de reposo en trabajar por la causa del pueblo, lo cual ocasionó que le tuvieran por conspirador y que lo amenazaran con el peligro inminente de entregarlo á las Cortes Marciales.

Sonador melancólico, servíanle sus propias penas de temas para sus versos y con frecuencia aparecían éstos engalanando las columnas de los más interesantes periódicos. — Cuando Altamirano fundó « El Renacimiento » que ha sido sin duda alguna la publicación literaria de mayor importancia que ha tenido

México, las producciones de Luis Ponce llamaban la atención de todos los círculos, porque destilaban esa esencia que se perfuma con azucenas del monte Hime-tho y se endulza con miel hiblea; esencia que no gusta á sentidos toscos y que se estima por rara y de la cual sólo son dueños esos grandes visionarios que nacen predestinados á sentir y á despertar sentimientos en los corazones nobles.

Luis Ponce es un poeta subjetivo, no pertenece á esas escuelas nuevas que los griegos desconocieron y que no serían si las conociesen, del gusto de los eternos maestros de lo bello. — Hoy se hacen muchos versos en todas partes: hay abundancia de versificadores, pero entre esto y hacer poesía, existe una gran distancia. El numen, el estro, la inspiración, tienen á su servicio la rima, pero cuando ésta vive por sí sola, seméjase á las arpas que suenan con cualquiera mano pero que necesitan una hábil y experta que arranque de sus cuerdas melodías dulcísimas.

La poesía de Ponce, ya contemplativa, ya erótica, ya dolorida y plañidera, es hija legítima de sus más recónditos sentimientos; nació como las flores del Trópico, sin que las sembrara otra mano que la de la Naturaleza, ni las regara en su crecimiento otro jardinero que el espacio con lluvia y con el rocío. — Ponce es cantor á semejanza de los pájaros de nuestros bosques; emite todas las notas, desde la atronadora del bardo heróico hasta la suave y dulce que vibra en la serenata de una noche de luna.

No es posible seguir un método para estudiar á los líricos americanos, ni menos podría seguirlo yo, que siendo el último de todos he hecho una fusión de todas las escuelas literarias, obedeciendo á mis propios sentimientos, y no he parado mientes en si éste ó el otro canto que ha nacido de la lira está ó no conforme en su índole con lo que pide el realismo ó con lo que requiere la escuela romántica.

La belleza es inmutable; el sentimiento de lo bello, se educa y se vigoriza en cada espíritu, pero las manifestaciones de ese sentimiento varían tanto como la Naturaleza.

En las páginas de Ponce coleccionadas por cariñosas manos cuando él ya había abandonado para siempre este valle de amarguras, encontrará el que ame tiernas manifestaciones del amor puro; el que sienta hallará lágrimas reprimidas ó dispersadas entre las flores de su jardín íntimo; el que piense no tendrá aquí fuentes estériles para sus lucubraciones, pues Ponce toca la filosofía en todos sus vértices y así le hallamos creyente y empírico en los ideales religiosos como escéptico y pirrónico en ocasiones al delirar en la felicidad humana. — Poeta sin otra escuela que la de sus propios sentimientos, sin otros cuadros que copiar ó que descubrir que los de la exuberante Naturaleza en medio de la cual vivía ni envidioso ni envidiado y quizás más querido y más mimado que cuantos le rodeaban, sus versos son el más puro reflejo de su ánimo y la más pura expresión de sus delicados sentimientos.

Yo leí muchas de estas composiciones, cuando era un adolescente, cuando al lado de Acuña y de Cuenca, era nuestro placer más santo hojear los periódicos literarios que aparecieron después del triunfo de la causa Republicana en 1867 y confieso que atraieron mi atención y que sentí profunda simpatía por el poeta. — ¿Quién había de decirle que sería yo el que pusiera unas cuantas líneas como prólogo al volumen en que han de pasar á la posteridad?

Hay en las obras de Ponce la espontaneidad de lo que nace sin aspiraciones y la franca simpatía de la modestia

Acaso peque por descuido de forma; acaso su prosodia adolezca de las disonancias de nuestros modismos por los cuales no somos los hispano-americanos

muy respetuosos con la Academia, pero es perdonable á la flor el desorden de sus pétalos si su aroma es puro, suave y delicado.

Ramillete de flores escogidas, este libro no pide nada, no quiere nada, no aspira á nada. — Brotado del corazón sano de un poeta honrado, reflejo de su carácter, modelado en sus luchas ideales y materiales con el Destino, se verá bien premiado, si despierta ecos de simpatía en las almas sensibles, si enjuga alguna doliente lágrima, si apaga alguna amarga queja ó si puede al menos servir de solaz en los hogares.

El poeta, el autor de estas páginas, duerme el más sosegado de los sueños: hizo mil beneficios y la estela de gratitud que dejó en pos de sí, es el mejor cirio que arde sobre su tumba. Si estos versos han de valerle un lauro, ya sólo será su memoria la que lo recoja; si han de merecer la mordedura de los envidiosos pueden éstos hincar sin temor su afilado diente, que nadie habrá que les responda.

El Parnaso nacional que se estremece de júbilo con cada nueva obra de sus bardos, recibirá este libro y lo mostrará á los extraños con el mismo orgullo con que la ilustre madre de los Gracos señalaba á éstos como sus mejores joyas.

¡Ojalá todo lo que sale de nuestras prensas pudiera ser tan sano como el libro de Luis Ponce! Libros como este no ruborizan ni dañan á nadie. Nunca las quejas ó las esperanzas del alma se han anotado en el « Syllabus » de la moral y del buen gusto.

## LA ERMITA DE JUAN GARRIDO

*A la inteligente y bella  
Srita. Luisa Mercado y Parra.*

La hermosa y amplia avenida de los « Hombres Ilustres » que hoy comprende las avenidas Poniente y Oriente, era allá por los días de la conquista una inmensa calzada que unía la capital del imperio de Tenochtitlán con el independiente señorío de Tlacopam.

Llamábase « camino de Tlacopam ó Tacuba » y fué teatro de la sangrienta batalla de la « Noche Triste » que hizo llorar de amargura al valeroso Don Hernando Cortés.

Terrible fué la embestida que dieron los aztecas á las tropas del conquistador y por verdadero milagro no acabaron con ellas.

Cuentan que retirábanse estas tropas en el mayor sigilo, y al llegar á un lugar en que el camino se ensanchaba y que era nada menos que el actual crucero del Puente de la Mariscala, fueron sorprendidas por alguien que dió voces que se propagaron rápidamente, sonando á poco el gran teponaxtle del templo del dios de la guerra, lo cual despertó á todos los habitantes y éstos con encono y arrojó cayeron sobre los españoles con intención manifiesta de exterminarlos.

Era noche lluviosa y oscura, fecha 1° de Julio y año del Señor de mil quinientos veinte.

El lugar en que más se encarnizó la campaña es el que hoy llamamos calle del Portillo de San Diego y allí estuvo á punto de perecer á manos de cinco indios un soldado español que se llamaba Juan Garrido.

« Madre de Dios, gritó al verse tendido sobre una fangosa charca en que la sangre había teñido el barro, sálvame que yo alzaré para tu culto un altar en este sitio si la vida me alargas. »

Y levantándose apoyado en la fé cristiana, sacó fuerzas para soportar su férrea armadura como si de tela de seda estuviera fabricada y derribó á sus enemigos y se salvó como pudo.

Cortés se fué á Tlaxcala batiéndose bizarramente, como era su costumbre, en las llanuras de Otompam; renovó amistades y alianzas con los Tlaxcaltecas; recobró sus fuerzas agotadas y á la postre salió de aquella ciudad el día de los santos inocentes, rumbo á México y al frente de un ejército en que no había un millar de infantes ni dos centenas de arcabuceros, ni un centenar de caballos, pero sí cerca de doscientos mil aliados de Huetxotzinco, Cholollan y Tlaxcala, con todos los cuales llegó el penúltimo día del año á Texcoco.

Allí ahorcó á Xicotencatl porque desertó del ejército con seguro afán de servir á su patria amenazada é invadida.

Decidióse don Hernando á sitiar á Tenochtitlán, cuando ya sus tropas estaban organizadas en tres divisiones de cien mil hombres cada una, á las órdenes de Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid.

El sitio duró setenta y cinco días terminando el 13 de Agosto de 1521.

El 13 de Agosto corresponde al noveno día del mes « Tlaxochimaco » en el cual se celebraban dos fiestas de grande importancia entre los aztecas.

Una de ellas, era la segunda que se hacía en el año á Huitzilopochtli, para la cual, además de las ceremonias acostumbradas, se adornaban con flores los ídolos de los templos y los de las casas, práctica que correspondía al nombre del mes, pues « Tlaxochimaco » significa « ofrenda de flores. »

La otra, era la grandiosa fiesta en honor de « Xaca-teuchtli », dios del Comercio, en la cual los nobles de ambos sexos bailaban poniéndose las manos sobre los hombros en señal de mutuo y aristocrático respeto.

Después del baile seguían los sacrificios de algunos prisioneros.

En ese mes, que comprendía desde el 5 hasta el 25 de Agosto y en día 13, entró el ejército conquistador hasta el último rincón de la ciudad de Tenoch, cayendo prisioneros el inmortal « Cuauemoc » (cantado en hermoso poema por Eduardo del Valle) y el infortunado monarca de Tlacopam.

Declaróse al santo del día, San Hipólito, patrono de la ciudad de México.

Repuesto de la fatiga Don Hernando, vió que se le acercaba á hablarle un soldado.

— ¿Qué quieres? ¿por qué te allegas á mí? le preguntó.

No demando nada, respondió el arcabucero. Hace hoy dos años tres meses y veintitrés días que llegamos á Ulúa y Chalchiuhecuan y un año cuarenta y cuatro días que estuve á punto de perecer, sirviendo al Rey, que Dios guarde, y á vos que me trajisteis á estas tierras. Prometí á la Madre de Dios alzarle un templo para su veneración y gloria en el mismo lugar en que iban á matarme y tengo escudos con que levantarlo pobremente.

— ¿Y qué te falta para dar cumplimiento si todo lo tienes?

— El permiso para tomar el sitio y el nombre para mi templo.

— Del sitio dispones y ¿qué otro nombre sería mejor que el de « Los Mártires » pues muchos lo fueron en esa noche?

Retiróse el arcabucero; construyóse en breve una ermita humilde en el sitio consabido y por más que

lo pretendió el conquistador nadie la llamó de los mártires, sino que pasado el tiempo todos la conocían por « ermita de Juan Garrido. »

Era estrecha, humilde y de raquítica fábrica, así es que, al correr de los años, se deterioró y hubo necesidad de reponerla bajo mejores auspicios en 1739.

Aquella ermita se había atraído la curiosidad y la estimación de todos, pues en uno de sus costados había fundado un vecino de México, piadoso y caritativo, un hospital que sostenía con su propio peculio y las limosnas de los buenos, en el cual atendía personalmente á muchos dementes que antes vagaban por las calles siendo víctimas de las burlas del pueblo ignorante que los creía hechizados y endemoniados y los apedreaba como á perros rabiosos.

Ese hombre modelo de virtudes cristianas, se llamaba Bernardino Álvarez y fueron tantas sus buenas obras que lo tenían por santo de carne y hueso.

Su hospital se llamaba de San Hipólito pues le quiso dar ese nombre en memoria del día en que entraron los conquistadores á nuestra ciudad.

El tribunal del Consulado ayudó á Bernardino Álvarez para la reposición de la ermita sin perdonar cuantiosos gastos ni sacrificios y así se logró levantar una iglesia amplia y de suntuosa fábrica con un buen departamento para enajenados.

Eran tan severas las reglas impuestas por Bernardino Álvarez á los miembros de la asociación de San Hipólito que le ayudaban en el ejercicio de la caridad, que las aprobaron Gregorio XIII primero y después Sixto V. — La asociación se extendió y pudo hacerse cargo del hospital del Espíritu Santo y del Real exclusivo para los indios.

Fueron tantos los méritos, tan grande la abnegación de Bernardino Álvarez, quien no sólo se conformó con haber fundado en la capital ese santo asilo sino que fundó otro en Puebla bajo la advoca-

ción de San Roque, que el papa Clemente VIII concedió por bula de 1º de Octubre de 1594 que la asociación se trasformase en congregación semejante á la de San Juan de Dios, es decir, con votos de hospitalidad y obediencia pues los de pobreza y castidad no obligaban á los hermanos.

Los frailes hipólitos prestaron grandes servicios á los pobres y eran tan abnegados, que una vez en que un demente asesinó á un novicio abriéndole la cabeza con una pala de albañil, el virrey quiso arcabucear al asesino y la comunidad se opuso abiertamente alegando la inocencia del enfermo y su resolución de asistirlo « hasta que acabase con el último religioso. »

El virrey, pasmado de tan eximia caridad, quedó convencido y asistió con la Audiencia y tribunales al funeral de aquella víctima de su vocación.

Bernardino Álvarez, modelo de filántropos, gloria de nuestro pueblo, pues era de cuna muy humilde, murió de setenta años de edad, á las doce de la noche del 12 de Agosto de 1584, por lo cual refería el pueblo la conseja de que se lo había llevado al cielo San Hipólito, en el primer minuto del día que le tiene señalado la iglesia para conmemorarlo.

¡ Han pasado tres siglos ! ¡ Todavía se hospedan y se curan á los dementes en la casa fundada por Bernardino Álvarez !

¿ Qué mejor monumento para perpetuar su nombre y sus virtudes que ese útil asilo abierto á la desgracia en el mismo sitio en que mirando de cerca la muerte se encomendó á la madre de Dios y después le alzó una humilde ermita el arcabucero Juan Garrido ?

## JOSÉ MARÍA VELASCO

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

Yo busco en los artistas la encarnación de un ideal sublime porque el ideal es el alma de las obras humanas. No me deis una estatua, ni un lienzo, ni una poesía en que no se adivine sin necesidad de que nos lo digan el fin que ha motivado su ejecución. Comprendo la desesperación de Miguel Ángel, rompiendo una rodilla á su Moisés porque no le hablaba; adivino la inquietud de Murillo al contemplar ya concluida su « Concepción » pareciéndole que ella lo miraba con ojos naturales puestos en aquel rostro más que por sus pinceles por obra de la Providencia y me imagino á Shakespeare estremeciéndose de pavor ante la representación de su « Otelo. »

Un país sin artistas sería semejante á un cielo sin astros y creo que si la raza latina se ha impuesto durante tantos siglos al espíritu humano es porque ha sido la que cuenta en su seno á Miguel Ángel, á Rafael, á Murillo y á Velázquez, á Dante Alighieri, á Petrarca, á Tasso y Ariosto, á Cervantes, Calderón de la Barca y Lope de Vega, á Racine, Corneille y Moliere, á Camoens y Herculano, á Rossini y á Palestrina, á todo ese rico y sublime catálogo que irradia más fulgores que la constelación de Orión en una noche del trópico.

Nuestro país tiene sus campos y sus selvas vírgenes y como éstos, vírgenes también los campos del arte.

Muchos ingenios ha producido México pero no han sido todos ellos hijos de las Universidades y de las Academias. La inspiración de sus poetas, la gloria de sus pintores, el esplendor de sus guerreros, ha nacido del seno de las clases medias, se ha nutrido al aire libre, ha llegado á la cima como llegan las águilas con el impulso de sus propias alas y sin seguir un rumbo fijo ni un derrotero impuesto por el dómine ni por una ley tan rigurosa como deficiente.

Oigamos lo que mi sabio maestro Altamirano dice á este respecto :

« Ya se ve, pues, que los gobiernos no pueden ser la causa de que las bellas Artes se mantengan estacionarias en México. — ¿ Se trata del público? Hay más razón para quejarse de él. — Nuestros ricos gustan más de adornar sus casas con muebles suntuosos que con buenas obras de arte. Los industriales mexicanos y los comerciantes extranjeros que son los aprovechados se felicitan de ello. Nuestros artistas no concurren al adorno de las casas ricas y se quejan. Lo peor es que ni los artistas europeos tienen mejor suerte con nuestros hombres adinerados. Es rarísimo encontrar en una casa opulenta de México una galería de pinturas : es rarísimo encontrar en un salón un cuadro valioso, un bronce exquisito, un mármol notable, siquiera un grabado de mérito. Fotografías no siempre buenas, juguetes de zinc, muñecos de pasta, hé aquí los adornos que se creen de buen gusto.

Por ese lado los artistas tienen razón. Pero en cambio hay en México no pocos hombres de posición mediana, que rinden culto al Arte y que hacen gustosos un sacrificio por obtener una obra bella. Tales hombres bastan para estimular el talento de los artistas. Además, la prensa, es necesario hacerle justicia, se encarga y se ha encargado siempre con empeño de popularizar un trabajo de valor cuando se ha presentado en nuestras Exposiciones. »

Hasta aquí el maestro. En esas frases está sintetizada la vida del arte entre nosotros. Poco ha producido la Academia pero entre lo poco hay bueno, hay algo que puede calificarse de genial y de notable.

¿ Quién no conoce, siquiera un cuadro del más aventajado discípulo de Landesio, del celebrado pintor José María Velasco? León Cahú, el gran crítico de arte, ha hecho un hermoso juicio de las obras de Velasco presentadas en la última exposición de París. Era natural que llamaran la atención de los inteligentes. Aquí donde todos nos consideramos con derecho á « tutearnos » y donde el que pinta un Cristo anémico ya se cree autorizado para echar la mano sobre el hombro de Pina; aquí donde el que firma dos cuartetas ya quiere tutear á Prieto y Justo Sierra, no hemos hecho justicia muchas veces á los artistas. — ¿ Cuántas ocasiones pasaba Ocaranza inadvertido entre la multitud! Y allí están sus lienzos en la sala de Manuel A. Mercado, artista y poeta de corazón, que conmueven al que los mira con detenimiento! ¿ Cómo se agostó Acuña entre la maleza del vulgo para ser comprendido después de muerto! ¿ Cómo atraviesa las calles, pobre y olvidado, José María Ramírez, el autor de « Una Rosa y un Harapo » sufriendo el desdén de los que no conocen á nuestros literatos de pura sangre!

José María Velasco ha sido aplaudido en Europa; la Academia nuestra ha comprado algunas de sus obras mejores y hay varias casas en que sus cuadros se conservan con respetuosa devoción por su indisputable mérito!

Hay que fijarse en los paisajes de este fecundo y genial artista. Nadie ha reproducido como él las transparencias de nuestro cielo azul y brillante; nadie ha trasladado con mayor verdad, al lienzo, las purpúreas tintas de los crepúsculos sobre las crestas de nieve de los volcanes, ó sobre la rizada superficie de nuestros lagos. Con prodigiosos pinceles ha retratado todos los



matices de la lujuriosa vegetación de la tierra caliente y se oye al mirar sus cuadros cómo suenan las hojas de los platanares, tostadas por el sol que fermenta la miel en las cañas y acendra los néctares en los rojos botones del cafeto. Velasco ha reproducido con admirable maestría el bosque secular de nuestras tradiciones, la misteriosa selva coronada por el castillo de Chapultepec y ha hecho que ojos extraños conozcan y admiren los ahuehuetes con sus diademas de canas y sus troncos ungidos por cien generaciones convertidas ya en polvo. — Velasco, sin otro modelo que la Naturaleza y siendo un gran conocedor de la Botánica, la Zoología y la Mineralogía, ha eternizado en sus lienzos nuestras montañas, así las que circundan el valle donde Cuahutemoc asombró con su heroísmo, como las que sostienen la humilde choza de paja en que nació el Benemérito de América Benito Juárez. Es el Lope de Vega de nuestros pintores, no descansa nunca; ha producido sin exageración más de ciento ochenta cuadros y todos ellos han sido copiados del natural; todos son nuestros; en todos hay esta luz que hace aparecer más vivos los colores á los ojos de los europeos, que lastima las pupilas de los que nacieron entre las brumas del Norte; que no tiene el fondo gris que entristece nuestro ánimo cuando nos sorprende Enero en otros climas y que baña en tintes de zafiro á los lirios, de topacio á las margaritas, de rubíes á los mirthos, de esmeralda á las pomposas hojas de las mafafas y de diamante á las gotas que llora el alba sobre las mimosas.

En frente de los grandes cuadros de Velasco que representan el Valle de México, el de Oaxaca, Guelatao ó Chapultepec, he sentido la misma impresión que me ha causado todo eso, al natural, cuando me he puesto á contemplarlo admirando las maravillas de esta tierra que es mi patria y patria del inspirado y admirable pintor que con tanto genio las reproduce.

Interpretar los secretos del color y la línea; apriar entre las cerdas de los pinceles todos los encantos de la Naturaleza en la pomposa manifestación de sus más brillantes galas; copiar esta luz, esta atmósfera, este conjunto de matices que tanta variedad ofrecen á cada hora del día, ha sido la gloria de José María Velasco.

Nuestro famoso pintor tiene hoy cincuenta y un años, pues nació el 6 de Julio de 1840 en Temascalcingo, municipalidad de Ixtlabuaca en el Estado de México. Sus padres fueron Don Felipe Velasco y Doña María Obregón. Tuvo cinco hermanos, de los cuales tres murieron en la primera edad y los otros dos son muy conocidos en el mundo científico, sobre todo uno de ellos, Don Ildelfonso, eminente clínico que falleció á la edad de cuarenta y dos años, siendo Presidente del Consejo Superior de Salubridad y Catedrático de Clínica interna en la Escuela Nacional de Medicina de México. Su otro hermano, Don Antonio, es profesor de medicina doméstica en la Escuela Normal de Profesoras.

José María Velasco perdió á su padre el año de 1850, en la terrible invasión del cólera, y al lado de su virtuosa madre hizo sus estudios primarios, teniendo á la vez que ayudarle para subvenir á las necesidades de la familia; en los ratos que le dejaban libres las obligaciones de la Escuela.

Este apoyo se unía al eficaz amparo de sus tíos paternos Guadalupe y Pedro Velasco que se esforzaron en dar porvenir á sus sobrinos, colocándolos como dependientes de sus casas de comercio, hasta el año de 1858 en que José María, impulsado por una vocación irresistible resolvió dedicarse al estudio del arte y un año más tarde su hermano Ildelfonso, al estudio de las ciencias ingresando al Seminario Conciliar.

Á los dos años de haber ingresado á la Academia, obtuvo José María Velasco, por oposición, una de las

pensiones que se conceden en esa Escuela y fueron tales sus progresos que en 1868, es decir, á los diez años de haberse inscrito como alumno, le nombró el gobierno del Sr. Juárez, profesor de la clase de perspectiva.

Velasco tuvo por maestro á Don Eugenio Landesio, el inolvidable artista, distinguido de igual manera por su saber profundo que por su aspecto y modales aristocráticos.

Landesio no quiso regresar á Italia, su tierra natal, hasta ver asegurado el porvenir de su discípulo á quien quería con íntimo y verdadero cariño.

Landesio dejó la clase en la época del Sr. Lerdo de Tejada y lo reemplazó el Sr. Salvador Murillo, quien, al partir para Europa, dejó en su puesto á Petronilo Monroy, pintor de figura que, como los anteriores, duerme hoy el eterno sueño del sepulcro.

Al triunfar el General Díaz en 1876 se le dió la dirección de esa clase á José María Velasco, quedando como Profesor de Perspectiva, Dibujo y Pintura de Paisaje.

Velasco, estudió con tenaz empeño y sin obligación de hacerlo, varias ciencias, concurriendo á la Escuela de Medicina en compañía de su hermano Ildelfonso, cultivando con predilección la Historia Natural y empujando sin éxito por falta de suscriptores la publicación de la Flora del Valle de México, obra que le valió ser nombrado socio de número de la sociedad de Historia Natural. — Muchos trabajos de Velasco, sobre ciencias naturales, engalanan las páginas de « La Naturaleza » periódico interesantísimo que ha sido el órgano de esa sociedad.

El reputado químico y naturalista Don Gumersindo Mendoza, propuso al Gobierno que nombrara á Velasco Profesor dibujante del Museo Nacional y hasta la fecha continúa desempeñando esa plaza.

Al ir á Europa para presentar sus obras en la Expo-

sición Universal de Paris en 1889, mereció los aplausos de la prensa, los elogios de los críticos más sensatos y el beneplácito del Gobierno francés que lo condecoró con la cruz de la Legión de Honor, para cuyo uso ha obtenido licencia del Congreso.

No cabe en este periódico la lista de todos los cuadros que Velasco ha pintado y que han sido cerca de doscientos figurando entre ellos los siguientes :

« Patio del Convento de San Agustín », « Plaza de San Jacinto en San Ángel », « Montañas de la Magdalena », « Río del Olivar », (caza de los antiguos mexicanos), « Peñas del Río del Olivar del Conde », « Vertiente del río del Olivar », « Ladera en las montañas de Tepetzotlán », « Xochitzin propone á Huautli », Jefe de los chichimecas, « Puente rústico sobre un Ayle », (San Ángel) « Cabrío de San Ángel », « Cedro de Chimalhistac », « Alameda de México », « Árbol del Perú », « Ahuehuete de Chapultepec frente á la gruta », « Cañada de Metlac », « Puente curvo en Metlac », « Vista de Oaxaca desde Monte Albán », Id. desde el cerro del fortín, « Valle de México desde el cerro de Atraevalco », « San Sebastián Chimalhistac », « Cascada de Barrio Nuevo », (Orizaba.) « Bosque de Jalapa », « Ajusco visto desde el Tepeyac », « Chapultepec desde el paseo de la Reforma », « Calzada de la Piedad », « Río de Tlaxcala, confluente del Zahapan », « Rocas del cerro de Atzacolco », « Cardon del pueblo de Dominguillo », (Oaxaca.) « Río de San Ángel », « Perúes del Tepeyac », « Barranca del Agua Santa », (Tlaxcala.) « Ixtacsihualt y Popocatepetl » desde el Santuario de Ocotlán, (Tlaxcala.) « Río de Tlaxcala » « Pirámide del Sol en Teotihuacán », « Pirámides del Sol y de la Luna en Teotihuacán », « Río de Tacubaya, Chapultepec y Valle de México », « Popocatepetl é Ixtacsihualt », (Lago de Chalco.) « Ruinas y población de Mitla », « Guelatao » (Oaxaca.) Id. visto por otro punto, « Temascalcingo », (tierra nativa

del Señor Velasco.) « Chapultepec » desde la calzada de Tacubaya. Id. desde la estación del ferrocarril. « Ahuehuate de Chapultepec », « Vista de Chapultepec », « Vista de México desde el Tepeyac », « Templo de San Bernardo », « Cañada de la Magdalena », « Baño de Netzahualcoyotl », « Ahuehuate de la Noche triste », « Valle de México » pintado expresamente para ser presentado en la Exposición de Filadelfia (premiado.) « Llorones de Tacubaya », « Cascada de Necaxa », « Cordillera del Valle de México », « Vista de la Carolina », (Atlixco.) « Valle de México », (Para la Exposición de París de 1878.) « Catedral de Oaxaca », « Vista de la Carbonera », (Oaxaca.) « Vista de Guelatao », Id. de la Cordillera de Ajusco. « Vista de México », (simulacro 5 de Mayo.) « Volcán del Citlaltepétl », desde Coscomatepec. « Montañas de Ajusco », Id. de Monte Alto. « Vista de Tlaxcala ».

Hemos citado algunos de los más importantes, pero muchos de ellos han sido repetidos en mayor ó menor escala, lo cual prueba que nuestro artista no descansa nunca; que pinta sin cesar y que todos sus cuadros son asuntos de la naturaleza americana.

Comprendo porque lo he sentido, lo que se goza al ver en tierra extraña un cuadro de Velasco, como que vive en el lienzo todo lo que sus pinceles copian.

Es un gran paisajista, un admirable intérprete de perspectivas del Valle; su nombre no se perderá en los anales del arte mexicano; honra al país en que ha nacido; á la academia en que ha estudiado y á la sociedad en que vive lleno de modestia y de virtudes domésticas. — Padre amantísimo y esposo ejemplar, Velasco se consagra á su trabajo de artista y á la educación de sus ocho hijos, uno de los cuales le acompañó en su viaje á Europa.

Hombres como Velasco merecen todos los aplausos, todos los homenajes, todos los lauros, destinados á la perseverancia, al talento y la honradez de un artista

que no ha empañado nunca sus ideales y que en sus obras imperecederas enaltece á la vez que su nombre, el de la tierra en que se ha mecido su cuna.

### EDUARDO DEL VALLE

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS »)

El poeta de quien hoy me ocupo con verdadera complacencia, es entre los cantores modernos de mi patria el único que se ha consagrado al cultivo de la poesía heroica, llevando á cabo con laudable propósito y con gran éxito la difícil tarea de escribir un poema épico que ya es muy conocido de los amantes de las bellas letras por haberse publicado en 1886.

Ese poema, que se intitula « Cuauhtemoc, » y está dividido en nueve cantos, es según la frase de mi sabio maestro Altamirano, en el estudio que sirve de prólogo á dicho trabajo — « heroico sin ser legendario, y precisamente porque no se apoya más que en la verdad. »

El mérito de Valle es tan grande que creo de justicia citar aquí algunas de las opiniones del maestro Altamirano: « El poeta Eduardo del Valle ha sido uno de los primeros mexicanos que han consagrado su talento y su inspiración á revindicar la verdad en los sucesos de la Conquista, y el primero que ha templeado su lira para cantar exclusivamente las hazañas del joven caudillo, que alumbró con su gloria, como un sol moribundo, la ruina de la México india. »

« El poema de Valle sí es una verdadera Epopeya y tiene de particular que está apegado exactamente á la Historia, lo que no impide que tenga todas las galas y encantos de la poesía; la robustez de entonación, la belleza y novedad de los cuadros, los retratos acabados de los personajes, el interés del relato que se aviva con la gravedad de las transiciones y lo importante de las peripecias. En fin, la narración épica palpita, como en el Canto antiguo, y suspende y embarga el ánimo de los oyentes y de los lectores, pendientes del sentido de la octava real, siempre fácil, clara, castiza, sonora, sin construcciones abstrusas, sin consonantes desagradables, sin esos escollos de lenguaje ó de prosodia que distraen la atención del menos crítico. Hemos dicho que el poema está apegado á la Historia, y esta es una singularidad que parecerá á algunos extraña, cuando no la tengan por defecto.

« Pues bien: sí, aquí se realiza un fenómeno literario digno de notarse. Lo general ha sido que la Historia se funde en los hechos, y la Epopeya en la leyenda.

« Y en lo relativo á la Conquista de México, ha sucedido que la Historia se ha fundado en la Leyenda por las razones que hemos expuesto al principio, y el poema de Valle es el que se funda en los hechos mejor comprobados. Así lo ha querido el poeta, y ha hecho bien. Su obra es una revindicación, al mismo tiempo que un monumento de arte. Para ensalzar á su héroe, buscaba y quería la verdad, ya que los cantores de Cortés: Saavedra, Guzmán, Ruiz de León y aun D. Nicolás de Moratín, buscaron para sus pobres poemas el turbio manantial de las falsedades y de los cuentos. El « Cuauhtemoc » es, pues, un poema apoyado en la verdad. ¿Esto le quita su carácter heroico? De ninguna manera. »

Estas opiniones del maestro harán entender al menos docto, lo que vale y significa la obra de Valle.

El poeta que logra con sus brillantes descripciones que el lector conozca, como si los tratara mano á mano, los personajes, los sitios y los grandes hechos del caudillo que le sirve de tema principal de su obra, tiene ganados para siempre los aplausos de los inteligentes y los lauros de la posteridad. Homero, modelo de los épicos, más bien quiso inmortalizar á los héroes de la guerra de Troya que cantar la venganza de Aquiles, que es el incidente que da unidad al poema; y nuestro bardo heroico propúsose dar realce á los grandes hechos de Cuauhtemoc tocando al paso á muchos otros personajes que se destacan por audaces y crueles sin que el poeta haya tenido intención de herir á la antigua Metrópoli por la que abriga marcadas y profundas simpatías.

El poema « Cuauhtemoc » es para mí una obra que leo con profundo cariño, y hay justicia para ello. Eduardo del Valle con quien me liga antigua y fraternal amistad, estaba hace algunos años retraído de la vida literaria, parecíame que la decepción, la tristeza, la seguridad de que en nuestro país poco alcanzan los hombres dados á los trabajos de la pluma, lo retenían en un austero aislamiento. Alguna vez nos encontramos en un viaje, y allí, dentro de un wagón que cruzaba rápido sobre hondas barrancas, mirando un horizonte azul y límpido, le dije: usted podría con su inspiración poderosa acometer una obra perdurable, tomando como personaje á alguno de nuestros héroes.

Pasábamos frente á Otumba, y haciendo los dos reflexiones sobre la supuesta batalla en que Solís hace intervenir á Santiago, me dijo tales cosas de Cuauhtemoc que yo, con la autoridad de un hermano le dije: Escriba usted un poema sobre ese héroe. — Á los ocho días, fué á mi casa y me leyó el lindísimo romance, que no se desdeñaría en firmar el Duque de Rivas, intitulado: « La Visión de un Monarca » que me hizo

el honor de dedicármelo y que con toda la imparcialidad de un juez honrado es una de las joyas de la lira de este amigo mío. — Ese romance que sirve de introducción al poema « Cuauhtemoc » es para mí, un modelo de galanura de estilo, de brillantez de imágenes y revela á un poeta cuyo nombre no se perderá en los abismos del tiempo.

Después, Eduardo me leyó el primer canto de su poema, lo aplaudí con el alma; siguió con tenaz empeño y cuando ya iba á la mitad le hallé otra vez decepcionado y casi resuelto á abandonar la empresa. — « Vendrá — le dije — la estación de las lluvias y en esas tardes tristes, nubladas, cuando las gotas del cielo azoten las vidrieras del estudio en que usted se declara prisionero, la gloria del héroe y el cariño mío, lo alentarán á concluir el poema. » — Así fué. — Vino esa estación y Eduardo concluyó ese poema que es el único que en el género épico podemos presentar al mundo literario.

Eduardo del Valle está en el vigor de la vida. Nació en Puebla el 2 de Marzo de 1843, habiendo sido sus padres Don Juan N. del Valle, conocido editor, y Doña Josefa Zerón, modelo de virtudes evangélicas y tesoro de bondad y de inteligencia. Cursó en 1855 y 1856 latinidad y filosofía en el Seminario Conciliar de México, ingresando en Octubre de 1856 al Colegio Militar donde permaneció hasta 1859, cursando las materias militares de Reglamento, siendo las principales las matemáticas y el francés.

Salió al cuerpo de Ingenieros, en 1859 y sirvió hasta 1860 en que fué dado de baja todo el Ejército cuando triunfó la causa liberal.

En 1859 y 1860 concurrió á varias campañas en el Sur de los Estados de México y Michoacán, en Veracruz y en los Estados del Bajío, distinguiéndose por el estricto cumplimiento de sus deberes.

De 1861 en adelante se consagró á asuntos tipográ-

ficos, ya como impresor, ya como editor, entregándose al mismo tiempo á los estudios literarios bajo la dirección del Lic. Alejandro Villaseñor de San Luis Potosí, del Sr. Don Joaquín García de la Huerta, poeta cubano y de la de su hermano Manuel del Valle.

Desde ese año, comenzó á publicar en diversos periódicos, poesías del género erótico, que fueron reproducidas con general aplauso.

Entregado á esos trabajos nobles que ofrece una vocación literaria; recibiendo en su humilde retraimiento las sinceras ovaciones que se tributan al talento, escribió en 1884: « La Visión de Moctezuma » que le valió una corona de sus admiradores.

Escribió entonces « Las Arras de la Boda » en estrofas de las cuales muchas recuerdan á los mejores poetas españoles, y que mereció los aplausos más calurosos de los mejores literatos del país.

Valle escribió con plausible constancia sobre diversos asuntos en un periódico literario « El Álbum de la Mujer » donde apareció su lindísima leyenda « El Castillo de Couzières » que reviste en sus versos una fluidez digna de los mejores tiempos del cantor de Granada, es decir, cuando éste conmovió á sus lectores con « Margarita la Tornera » y « El Cristo de la Vega. »

Después publicó su pequeño poema « Lupe, » de carácter realista y con décimas rotundas y sonoras.

Por encargo del laborioso é inteligente Dr. Antonio Peñafiel escribió la leyenda « Coyolicatzin, » típica en su género, buena en su estructura y de la cual, así como de las anteriores se han hecho ediciones especiales, ilustradas con láminas alusivas.

Eduardo del Valle ingresó hace algunos años al Liceo Hidalgo y fué electo Presidente durante un período.

En esa sociedad literaria que contó en su seno á

los más grandes talentos del país, Valle leyó su poema « Cuauhtemoc » siendo aplaudido en cada noche, pues esa obra suya es de tal valer que se ha repartido como premio de lectura en las Escuelas del Ayuntamiento de México y de otras localidades. En algunas de esas Escuelas sirve de texto habiéndose agotado la primera edición de 1,500 ejemplares.

El poema « Cuauhtemoc » para cuya terminación, cooperaron mucho los consejos entusiastas y las sinceras indicaciones del maestro Altamirano, que cuando escuchaba un nuevo canto, estimulaba á Valle para seguir el otro, revela el criterio, la seguridad y la fé, con que el autor adunó la historia á la poesía, sin que la primera perdiese por la hermosura de la forma y de la expresión ni la segunda abatiera sus alas obligada por la severidad de los hechos.

Era natural que al inaugurarse la estatua del último Emperador Azteca, la corporación Municipal nombrara como orador oficial al ilustre bardo que había sido cantor del inmortal héroe, y así fué en efecto, porque designó á Eduardo del Valle que alcanzó en tan solemne fiesta un nuevo y legítimo triunfo.

Valle es socio honorario de la Sociedad de Geografía y Estadística ; miembro de la Asociación del Colegio Militar de la cual ha sido dos veces vice-presidente y una vez presidente.

Empleado en el Gobierno del Distrito Federal desde 1878, ha desempeñado diferentes cargos, comisiones y empleos, siendo en la actualidad Jefe de la Sección del Estado Civil, cuya plaza se le confirió en Agosto de 1884.

Eduardo del Valle es uno de esos talentos que prestan á la literatura nacional grandes servicios ; que se conforma con satisfacer sus propias inspiraciones que hace conocer á un reducido círculo de amigos íntimos, que estiman en toda su latitud sus grandes y valiosas facultades.

Ha leído mucho y todo con provecho ; conoce á fondo la historia de su patria y por eso busca y recoge en ella los temas de sus obras. Sin duda comprende que en la época actual, cuando todas las tradiciones heroicas de la raza azteca se van perdiendo bajo el desdén de muchos filósofos que no ven en la tierra nativa más que un detalle biográfico sin importancia, es preciso enaltecerlas, pintarlas, infundirlas en el corazón sencillo del pueblo, para que no se pierdan con el trascurso de los años y para que en lo porvenir palpiten en esas estrofas que, como las del poema « Cuauhtemoc » obligan al más insensible á adorar á su Patria, á venerar á sus héroes, á sentirse orgulloso de haber visto la luz en una tierra que ha producido hombres dignos de la doble corona de laurel y encina que simboliza la inmortalidad.

Á mí no me importa que los espíritus apocados por la envidia, miren con desdén ó con desprecio á estos nobles cantores de mi nación ; yo sé cuánto valen y sé cuánto pueden, por eso, al encontrármelos en medio de un grupo que ni siquiera los escucha, es á los primeros que tiendo mis brazos y mi corazón de amigo y de compatriota. Hemos llegado á unos días de escepticismo tan hondo, en los cuales es preciso despertar por todos los medios posibles la fé y el amor en los corazones endurecidos. Recuerdo que algún día fuí con Eduardo del Valle, en tarde serena y hermosa, á ver con detenimiento el grandioso monumento levantado á Cuauhtemoc en la calzada de la Reforma y que, como me decía mi inolvidable amigo Ramón Mendoza, Ministro de la República Argentina, basta para dar á México renombre artístico.

Cuando estábamos al pie de la estatua yo le dije á Valle : « si el monarca indio hablara, daría á usted las gracias por haber cantado sus hazañas, su heroísmo, su abnegación, su martirio y su gloria, con una lira que no ha ensordecido sus cuerdas en los estruendos

de la orgía ni con los bajos acordes de una adulación torpe y abyecta. Si el monarca indio hablara le diría « gracias porque en pleno siglo diez y nueve has defendido los fueros de la patria antigua, el valor de mi raza, mis esfuerzos y mis desgracias ».

El poeta callaba conmovido mirando cómo los últimos rayos del sol poniente coronaban de oro y púrpura la cabeza del Emperador, con tanta luz como la que ha derramado con su nombre el sol de la inmortalidad sobre los campos de la Historia.

Eduardo del Valle, que prepara su nuevo poema « Morelos » vive modestamente consagrando muchas de sus horas á la versión del francés al castellano, de una obra de Laurent, así como en otro tiempo y en unión de su hermano Manuel se consagró á la traducción de muchas novelas francesas.

Amigo mío de corazón, no puedo ser su juez, pero el cariño que le profeso no me impide reconocer su mérito: es el único poeta épico de nuestro Parnaso y ojalá que él alcanzara á vivir para felicidad de sus hijos, á quienes ama entrañablemente, el tiempo que vivirá coronado por los aplausos de los hombres pensadores su poema « Cuauhtemoc » que es acaso uno de los más hermosos bronce del pedestal de su fama literaria.

### FRANCISCO GÓMEZ FLORES

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

Cuando el público más ilustrado de la ciudad de México, esperaba con ansia la edición de las obras

dramáticas del inspirado y fecundo Peón Contreras, que sin disputa es el Lope de Vega de nuestro empobrecido y desdeñado teatro, aparecieron éstas causando verdadero alboroto y teniendo como rico vestíbulo un imparcial juicio crítico, que por lo galano del estilo, lo sólido de los razonamientos y el caudal de erudición empleado en su estructura, reveló ser hijo de un ingenio esclarecido.

Lo calzaba la firma de Francisco Gómez Flores, joven todavía por los años y maduro, juicioso y casi prolijo por el elevado pensar y el hondo sentir manifestado á cada paso en las obras de su pluma.

¿Era esto lo que daba nombre al escritor sinaloense? No, porque ya lo tenía de antemano en los círculos literarios donde con la modestia que lo distingue, era conocido y estimado como se merece; pero ese prólogo en las obras de un poeta de tan alto nombre, significaba al menos que no podía considerarse como escritor de poca talla á quien había sido elegido y llamado por el aplaudido autor de « La Hija del Rey » para encabezar como juez erudito la selecta colección de sus dramas.

En todas las producciones valiosas, se aprecia al prologista, como al que presenta en un salón de aristocráticos moradores, al príncipe que hace su primera visita conducido por uno de sus más nobles y ameritados amigos.

Gómez Flores nació en la ciudad de México el 9 de Febrero del año de 1836 y fué llevado antes de cumplir cuatro meses al puerto de Mazatlán donde se educó é instruyó en los ramos de la enseñanza elemental y primaria, demostrando sus grandes aptitudes y su inteligencia clarísima desde que le pusieron el primer libro en las manos y le tomaron la primera lección en las aulas.

Para comprender el empeño con que se cultivó su espíritu, bastará saber que es hijo de un hombre